

Y conviene asegurar que si Marañón mismo fuera ese macho específico con que sueña, sin duda no conoceríamos esa obra maestra, sugerente, que es un punto de partida para miles de caminos de cultura y que se llama *Tres ensayos sobre la vida sexual*.—JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

Quetzalcoatl

EL de Quetzalcoatl es el más importante de todos los mitos americanos. Tierras atrasadas para la civilización éstas del Nuevo Mundo, se quedaron salvajes no obstante que el Asia y el Africa y Europa llevaban ya milenios de cultura cuando el descubrimiento. Y por eso se hacía sentir aquella ansia mal expresada; ansia de ascenso que inquieta las almas, aún a las más depravadas.

En toda la América se hacía sentir el anhelo, pero es en México y más particularmente en Anahuac donde se hacen más agudos y donde encuentran por lo mismo expresiones más claras los problemas del Continente. Y México formuló en los ensueños de la mitología azteca el doble símbolo, resumen de todo el misterio de los destinos. Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. Pero venció Huitzilopochtli y a Huitzilopochtli se elevaron templos y a Huitzilopochtli se ofrendaron víctimas y entonces Quetzalcoatl emigra. Quetzalcoatl no sabe transigir, ni debe transigir, por eso se impone o emigra. Y no hablo de los casos en que lo matan o lo crucifican o lo asesinan, porque Quetzalcoatl es inmortal y resucita después de cada asesinato, después de cada crucifixión. Y sólo se hunden para no resucitar jamás los asesinos y los crucificadores de Quetzalcoatl.

Pero también sucede que así que Quetzalcoatl abandona a sus pueblos, los desampara. No es Quetzalcoatl quien sufre el ostracismo, porque dondequiera lleva Quetzalcoatl la cauda de su marcha y el aura del alma lo rodea como de un nimbo. Y al contrario son los pueblos los que padecen desconcierto y oscuridad después de cada viaje de Quetzalcoatl. Y además de eso el azote, la guerra, el exterminio, la persecución. Después de la crucifixión de Quetzalcoatl Jesús, los judíos se quedan para siempre sin patria dispersos por el mundo. Y sólo cuando logran disipar en su corazón las sombras del odio, los judíos dispersos se suelen sentir superiores, porque ellos, como el verda-

dero cristiano, sólo tienen una patria, el mundo y para nada les afecta ni el destierro ni la persecución ni la injusticia ni la iniquidad. Tal y como nada de esto afecta a Quetzalcoatl.

Cuando los aztecas despidieron, licenciaron, expulsaron a Quetzalcoatl, no hubo ninguna catástrofe inmediata. Sólo se vió que los templos de Huitzilopochtli crecían. Y los discípulos indefensos de Quetzalcoatl veían correr su propia sangre sobre los altares del enemigo Huitzilopochtli. Y las crónicas aztecas hablan todavía de la grandeza de aquellos reyes que mantenían colmada la sed de sangre del Dios Rojo. Y los brazos se fatigaban de matar. Y los brazos se hinchaban de tanto matar. Pero hay no sé qué ponzoña en la sangre, ponzoña que lleva su contagio hasta el brazo que hiere. Pues siempre se observa que el brazo que hiere es menos fuerte que el brazo que ampara. Y aquellos brazos de los guerreros que se habían hinchado en la matanza de los cautivos, no fueron capaces de contener el golpe de los brazos vengadores de los castellanos.

Y los aztecas han quedado, hemos quedado, no dispersos por el mundo, pero sí castigados, humillados en nuestra propia nación que es sierva del extranjero. Y creemos haber vencido a Quetzalcoatl y se cantan las preces de Huitzilopochtli, pero Quetzalcoatl invencible se limita a ausentarse. Quetzalcoatl no muere, se ausenta. Se ausentó de nuevo el día en que matamos al presidente Madero, la aparición más reciente del Dios del amor y el bien. Perdió una nueva batalla Quetzalcoatl en la persona de Francisco Madero, pero puede volver, puede retornar una y cien veces Quetzalcoatl; sólo que mientras no se le acoja y mientras no se le obedezca será inútil su retorno. Y sus nuevos sacrificios servirán tan sólo para agravar la suerte de los aztecas contemporáneos. Quetzalcoatl no transige; o gobierna y manda o se va y no importa que lo despidan como a Quetzalcoatl legendario en una barca que se pierde en la línea en que se junta el cielo con el mar, según la frase de la leyenda. Ya sea que lo embarquen por el mar o ya sea que lo ametrallen, primero y lo sepulten después, muchos metros bajo la tierra, Quetzalcoatl se va, luminoso siempre, por las aguas o por el viento, siempre inmortal. Pero las calamidades vuelven renovadas después de cada uno de los destierros y las ausencias de Quetzalcoatl.

La tierra argentina sufrió una de estas largas ausencias del Dios de la Civilización. Allí también la espacia hería sin tregua y el más fuerte o el más astuto proclamaban victorias efímeras; y el extranjero acechaba, rodeaba los puertos de la Nación Argentina. Pero Quetzalcoatl tantas veces expulsado de México

se fué por el Sur y llegó por el mar a la región del Plata y encarnó en un hombre rudo y bueno. Y el hombre se puso a estudiar y vió la injusticia y empezó a denunciarla y lo persiguieron los esbirros y lo condenaron los poderosos y huyeron de él los cobardes. Y el hombre bueno, Sarmiento, se puso a vagar y se fué por el mundo y no transigió con el mal y retornó como se fué, inflexible. Y en medio de los generales se vistió de maestro de escuela y sus prédicas fructificaron. Y la nación argentina le dió aquello sin lo cual no es posible ni civilizar ni educar, le dió el mando. Y de entonces procede el apotegma argentino que dice: gobernar es educar. Pero el educador no ha de ser siervo y sí mandatario. Y la Argentina, nación de pastores, se puso en seis décadas en la primera fila de los pueblos del mundo. Y todavía no se apaga del todo en el Sur la antorcha de Quetzalcoatl Sarmiento.

Y es ahora la patria de Quetzalcoatl Sarmiento la única de habla española que puede erguirse con éxito en frente del imperialismo y de la agresión. Y esto porque la civilización sólo se combate con civilización. Y todo porque es el brazo que ampara y no el brazo que hiere el que defiende a las patrias.

Quetzalcoatl siempre vuelve y parece que vuelve con más insistencia, precisamente a aquellos sitios donde ha sido más sonada su derrota. Y eso no por testarudez sino porque la iniquidad suele preparar mejor las almas; las prepara para la redención. Cuando el botín se agota se debilitan los servidores de Huitzilopochtli. Y entonces, en pleno desastre, cuando todo va quedando perdido, Quetzalcoatl aparece tranquilo y sereno. Pero con una serenidad que no está exenta de rayos y fulguraciones. El espíritu de Quetzalcoatl vuelve ahora sobre México y esto se conoce en la exaltación y el entusiasmo de las multitudes. A Quetzalcoatl se le reconoce en el hecho de que levanta a los caídos y enciende la esperanza en los que desconfiaban. Y pasa Quetzalcoatl por entre las vicisitudes, inflexible. Porque ni el éxito le doblega; ni con el éxito se compromete. Quetzalcoatl está por encima del éxito. Las aclamaciones hoy, los silbidos y las injurias mañana, o el vacío del miedo a su alrededor, todo esto suena como los vaivenes del mar en la oreja sabia de Quetzalcoatl, oreja acostumbrada a los viajes y el cambio; por lo mismo que en el interior escucha el rumor que no cambia.

La nación mexicana entera está clamando por el retorno de Quetzalcoatl. Una vez más vamos a darle ocasión, una vez más procuraremos allanarle la senda. Otra vez como en antiguos días nuestros puertos están amenazados, peor aún, nues-

tras ciudades están invadidas, nuestros campos yermos, nuestra raza dispersa más allá de las fronteras. Y el viejo brazo hinchado de sangre de los sacrificadores de Huitzilopochtli está también ahora impotente contra las amenazas de afuera. Huitzilopochtli vencido en su orgullo delante de los dioses extranjeros que le hacen gestos de befa, se revuelve en su impotencia. Y aún en sus turbios ojos brilla opacamente una débil ansia; él también parece volverse al Dios del Bien como diciendo: «Ensayá tú, ya que yo fracaso. Declaremos una tregua y empuña tú el destino.» Y el pueblo que ha escuchado el diálogo tácito se levanta movido de esperanza. Pero la envidia y la traición y la perfidia no se resignan y siguen soplando a Huitzilopochtli su ilusión de poderío, y a Quetzalcoatl quisieran intimidarlo. Pero Quetzalcoatl sólo tiene oídos para las voces de adentro.

En un libro profundo, profético, ofensivo, el gran escritor inglés Lawrence nos habla de la Serpiente emplumada, *The Plumed Serpent*. Y proclama la alianza de Quetzalcoatl con Huitzilopochtli. Alianza por fortuna imposible, porque ella nos conduciría a crear un México tal como lo quieren nuestros enemigos; un México bárbaro. Al contrario, el corazón mexicano sueña en una alianza con todos los servidores de Quetzalcoatl en el mundo. Una reintegración o una integración de nuestra patria en la familia de las naciones que han aceptado la norma inflexible de Quetzalcoatl. La bondad y la cultura no son productos necesariamente extranjeros; la bondad y la cultura también pueden prosperar con caracteres firmes y autóctonos en nuestro suelo. Huitzilopochtli es autóctono en México pero también lo ha sido en todo sitio en que se juntan hombres. Y Quetzalcoatl que es del aire se sabe hacer de la tierra; sabe bajar a la tierra, pero no para amoldarse a ella; sí para imprimirlle aliento. ¡Oh, México, tu hora es grave! O con Quetzalcoatl o con el nuevo Imperio, que ahora más poderoso que el de los castellanos, avanza hacia el Sur, se extiende por todos los ámbitos. Y es fuerte porque conquista con escuelas. Trae en sus bajeles a Quetzalcoatl. Y así, Quetzalcoatl o sea la civilización tiene que triunfar en México. Si una vez más, sin embargo, degollamos a Quetzalcoatl autóctono, entonces ahora el castigo va a ser un Quetzalcoatl en inglés.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.